



Nicholas Ray. *Me quitaron de en medio*. Trad. Manuel Martín Cuenca, Ed. Susan Ray, Madrid: ECAM y DAMA, 2024, 464 páginas

Manuel Martín Cuenca, reconocido director de cine, guionista y escritor andaluz, lleva a cabo de forma excepcional la traducción de esta edición especial en español de *I Was Interrupted. Nicholas Ray on Making Movies* (1993). La obra profundiza en todo un compendio de reflexiones y experiencias en torno a la vida, el legado y la figura *sui generis* del cineasta estadounidense Nicholas Ray (1911-1979). Nacido en el seno de una familia humilde

de orígenes europeos en Wisconsin, Nicholas perteneció a la generación curtida por la Gran Depresión. Su pasión y amor desbordante por el cine le llevó a realizar una amplia filmografía tanto en Hollywood como en productoras independientes, entre la que destaca la obra culmen que lo consagraría: *Rebelde sin causa* (1955).

El libro también recoge las lecciones sobre dirección de actores e interpretación que Ray impartió a sus alumnos en los años setenta, al final de su vida. Como bien señala Martín Cuenca, estas enseñanzas reivindican con total actualidad «el hecho cinematográfico más allá del guion y de los aspectos técnicos» (14). Es más, la labor del traductor va un paso más allá del objetivo general de la obra original, pues introduce un conjunto de notas al pie y comentarios que —además de ofrecer una contextualización y un acompañamiento a la lectura— plasman las impresiones de Martín Cuenca, basándose en su experiencia personal y profesional en la industria cinematográfica. Todo ello, respetando la integridad de los textos y las notas originales tanto de Ray como del resto de colaboradores del libro.

A nivel estructural se puede distinguir una primera parte biográfica que introduce la trayectoria profesional de Nicholas como cineasta. Como si se tratase de un guiño a las contradicciones y paradojas que marcaron su vida, tras el prólogo inicia una «autobiografía» que nunca fue escrita por el director, sino por su última esposa. Susan Ray organiza sus recuerdos y sensaciones sobre lo que Ray representó a lo largo de su relación con el fin de rastrear y entretejer todo aquello que le conmovió de él. El resultado es una suerte de (auto)biografía que no se ciñe a «un relato frío de los hechos» (45), sino que reúne fragmentos caóticos y desviaciones. A sus ojos, Nicholas fue un verdadero buscador, de aquellos que solo se encuentran excepcionalmente en la vida, pues «sabía qué preguntas hacer y qué perseguir, fuese lo que fuese y por inalcanzable que pareciese» (59). La idea romantizada del artista incomprendido y atormentado tiñe gran parte del capítulo, aun así no deja de demostrar la inquebrantable admiración y fascinación que Susan le profesaba, incluso en los momentos de mayor crudeza y desasosiego. El caos y la autodestrucción fueron una constante en la existencia de

Ray. Las anécdotas relatadas no esconden esos momentos descarnados, creando una estampa devastadora y de vulnerabilidad a medida que se avanza en la lectura. Como bien señala Susan, aquello que permitió que el talento de «Nick» brillase fue ese enraizamiento «en el fango de su rabia y desesperación» pero, llegado el momento, el equilibrio se rompió y aquel lodazal se volvió yermo e inseguro (47).

En otro enfoque se halla el segundo capítulo a cargo de Bernard Eisenschitz, crítico e historiador de cine, quien completa esta contextualización y perfil biográfico de Ray desglosando diversos hitos en su carrera. Su aproximación se ciñe a lo estrictamente profesional, abarcando los inicios de Nicholas en el teatro, su incursión en radio, su exilio de Hollywood y los últimos años de su vida. Esta semblanza también incide en esa búsqueda constante del autodomínio en los procesos de creación y producción de cine, un anhelo que el director nunca pudo alcanzar por completo.

El núcleo estructural del libro lo ocupan las clases de cine que Ray impartió mientras se enfrentaba al cáncer de pulmón. Susan se ocupó de ordenar la anarquía de notas que el cineasta dejó tras su fallecimiento, así como de la transcripción original de las sesiones registradas en más de cien horas de cinta. El conjunto resultante se distribuye en quince clases que se articulan como un todo dotado de sentido. Cada lección magistral profundiza en un tema concreto, muchas veces conectado con la experiencia vital del cineasta. Como expresa a través de las páginas, Ray nunca creyó en el sistema pedagógico clásico donde se enseña cómo hacer las cosas. Por el contrario, consideraba que «aprender es descubrir lo que se sabe. Hacer es demostrar que ya lo sabes. Enseñar es recordar a los demás que lo saben tan bien como tú. Todos somos aprendices, hacedores y maestros[...]» (84). Durante las actividades y diálogos con el alumnado, se proponen diversas fórmulas adaptadas y guías para buscar la autenticidad interpretativa y redescubrir la propia voz. Al mismo tiempo, se estimula el control de la concentración y la memoria

emocional y sensorial para canalizar uno de los elementos fundamentales de toda interpretación, la acción.

La visión de Nicholas sobre el trabajo del actor está claramente influenciada por la obra de dos teóricos, Konstantin Stanislavski y Jerzy Grotowski. Los comentarios y anotaciones de Manuel Martín dan cuenta de la importancia de ambos autores y amplían la información sobre sus postulados y enfoques. Adicionalmente, las lecciones van intercalando breves pasajes introspectivos donde Ray muestra los tesoros ocultos en lo más profundo de su ser. Por momentos, las fronteras del relato de su vida se difuminan y Nicholas Ray se convierte en actor de su narrativa. Hacia el final del libro se encuentra un compendio de documentos —los «Epílogos»— que dan continuidad a este mosaico de anécdotas, escritos y conversaciones variadas del director estadounidense. Nuevamente, este cajón de sastre se ajusta a la personalidad torrencial de Nicholas y su visión desordenada y subjetiva de la existencia.

En definitiva, *Me quitaron de en medio* (2024) no es un manual al uso, aun así resulta una lectura sin duda valiosa y enriquecedora para quienes desean iniciarse en el oficio del cineasta, el intérprete o el director de escena. Las clases y los ejercicios ofrecen una estimulante propuesta didáctica y una guía para habitar la escena, evitando las inferencias del perfeccionamiento técnico y la autoconsciencia de actuar y hallarse ante el dispositivo de rodaje o el público. Además, brinda consejos para adquirir referencias, saber accionar la interpretación y preparar el desarrollo del personaje en los tiempos inmediatos y acelerados de un rodaje. Los comentarios, las opiniones y las aportaciones de Martín Cuenca se integran en el bloque biográfico y las sucesivas clases con coherencia y cohesión, manteniendo la entidad de la obra preexistente. Con certeza, el traductor logra sumar un añadido cualitativo que facilita la comprensión de muchas de las cuestiones planteadas e incentiva la consulta de obras originales y autores relacionados.

Frida Luis Maqueira
Universitat de València